

EL MALEFICIO DE LAS TRES BARCAS

Era inútil querer atravesar la «Garganta del Maleficio»; todos los barcos que lo intentaron quedaron para siempre sepultados en sus aguas. La «Garganta del Maleficio» era terror de marineros y navegantes.

* * *

El mar inmenso, el mar viril, el verde mar dominador de mundos, ambicioso de soles, este mar espejo de luceros y camino en las oscuras noches de rayos de luna, vivía tranquilo, gallardo y feliz, jugando con los barcos chicos, allanándole el camino a las blancas velas y fabricando sin cesar en su ir y venir de sol a luna y de luna a sol, inmensas crestas de espuma blanca.

El mar estaba enamorado. Tenía izada al viento como una vela gigante, su alma húmeda de mar y su verde corazón vibraba con ritmo acompasado de exactitud colmada.

¡Sus doradas orillas, qué amor este del mar por ellas...!

Todos sus besos, todas sus caricias, todos sus afanes eran de sus orillas. Enamorado de su melena rubia de arena se la adornaba, galante y rendido, con caracolos rizadas, con brillantes salpicaduras de sol y verdes trozos de algas blandas.

¡Qué amor este del mar...!

Toda la blanca espuma de nácar que fabricaban sus olas se la ofrendaba orgulloso a sus orillas: volantes para su cuerpo ondulado y magnífico de mujer con sangre de todos los continentes; guirnaldas para el cuello en las morenas playas

africanas; caladas peinetas en las costas españolas; abrigos de rizadas pieles en las regiones heladas, y ¡quién sabe en las recónditas playas de los mares celosos qué coronar de espuma tendrán sus orillas!

Era una placidez magnífica la del mar, entretenido en tejer sin cesar caricias y amores de algas frescas y espumas blancas. Era un anhelo constante, desde los amaneceres albos, purísimos, hasta los crepúsculos malvas, rosas, grises; crepúsculos de atardeceres que ponían en su amor la pincelada armoniosa y encendida.

¡Qué amor este del mar...!

* * *

Pero un día, —triste día en la historia de todos los mares—, vino un viento oscuro de no sé qué rincón escondido de la tierra, y con él pasaron tres barcas grandes, negras, humeantes; barcas como guaridas de demonios. Como monstruos horribles, como una acumulación de todo lo feo, de todo lo malo, de todo lo sucio. Fueron tres barcazas que enturbiaron las aguas y dejaron en el aire un olor acre de carbones y petróleos.

¡Ay, qué llanto el del mar! Sus espumas, sus blancas espumas estaban sucias.

Primero, fué un llanto sencillo, un llanto de dolor suave y callado, pero luego se apagaron sus burbujas de espumas, el olor acre se hizo intenso y sus perfumes marineros de brea y sal fueron por un momento borrados del aire. Sonaron unos pitidos estridentes y las bar-

casas negras y pesadas caminaban y caminaban lentas e impasibles, buscando su ruta. Entonces el mar se revolvió; el llanto se hizo desgarradura en sus entrañas y se estremecieron asustados los peces, y los corales; y las madreperlas, y las algas despeinaron sus verdes cabezallas, enloquecidas, y todo el mar se hizo quejido, derrumbamiento, desesperación. Bramó y extendió al infinito los brazos de sus potentes olas. Y las tres barcas, asustadas y empequeñecidas, quedaron para siempre sepultadas en las aguas.

* * *

Han pasado desde entonces muchos soles, y muchas lunas han marcado en el cielo su perfil exacto y su redondez plena; han pasado y la leyenda se ha hecho temor, rito, tradición. Las barcas huyen de la «Garganta del Maleficio». Y, si algún marinero osado, queriendo desafiar la leyenda, intenta cruzarla, queda envuelto entre pliegues de las olas enfurecidas y clavado en el fondo con las tres barcas, negras, sucias, horribles.

El mar, lleno de un rencor humano, de un rencor salvaje, deja correr los siglos sin olvidar el día en que su espuma se vió manchada y sus amadas orillas lloraron con él el dolor de sus ofrendas marchitas.

Yo siempre, mirando el horizonte azul que con el cielo forma el mar, he pasado mucho tiempo preguntando al viento, al sol y a las gaviotas valientes el por qué de sus enfados con los barcos y marineros rudos, en aquel sitio trágico de la «Garganta del Maleficio».

El secreto vino a mí una mañana de verano en una playa lisa y dorada, cuando las olas, con su rumor constante, tenían una armonía perfecta y acompasada con las caracolas movidas. Vino a mí el secreto y supe comprender y perdonar al mar.

¡¡Qué amor este del mar por sus orillas...!!

P. Crespo Marianas

EN SU XI ANIVERSARIO ANCORA AGRADECE

a sus lectores y anunciantes, a sus colaboradores habituales y eventuales y a cuantos por cualquier concepto han contribuido a su sostenimiento.

Y de todos ellos espera la ocasión de su siempre renovada confianza para seguir como hasta ahora en el camino emprendido con los ojos puestos en los más altos intereses de la ciudad.